



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7	25 *
	Correspondencia literaria: Sra. D. ^a Patrocinio de Biedma, Herrador, 8.	pesetas; seis meses, 13 id., un año, id.	10 *
		En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id.	15 *
		Extranjero y repúblicas americanas, id.	15 *

20 de Agosto de 1877

Núm. 11.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADOS: Retrato de D. Manuel Fernandez y Gonzalez. — Manicomio de Llobregat (Cataluña.) — Vista de Tánger. — Francia: Museo de Jaques Cœur, en Bourges, adornado para recibir al mariscal Mac-Mahon. — Diógenes. — Wagon de transporte: Hospital ambulante de heridos. — TEXTO: — ANDALUCES ILUSTRES. — D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Biografía, por PATROCINIO DE BIEDMA. — A ti, soneto, por M. FERNANDEZ y GONZALEZ. — No te olvido, por JOSÉ MORENO CASTELLO. — A Patrocinio de Biedma, por V. M. y C. — A la ilustre directora del CÁDIZ, por JOSÉ JURADO PARRA. — En el aniversario de la muerte de Cristóbal Colon, por F. PARREÑO. — ¡Crucificarlos! por LUIS OVALLE. — Explicacion de los grabados. — Sucesos del día, por A. BORRERO. — La gran causa del bello sexo, poema en prosa, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA. — La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA. — Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B. — Noticias.

ANDALUCES ILUSTRES.

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

FERNANDEZ y Gonzalez... Quién no conoce este nombre?... ¿Quién no ha leído algunas de las obras del popular, del insigne, del ilustre novelista, el primero sin duda en nuestro siglo, y quién no ha sentido al leerlas la fascinación que ejerce sobre los sentidos su imaginación riquísima, su inagotable talento, su alma gigante que se revuelve aprisionada en la palabra escrita, exparciendo luz, deslumbrando, atrayendo al espíritu, que se encadena ante la magia de esa grandeza, que rompe los límites de lo posible para arrastrar nuestro pensamiento en pos de sí al mundo luminoso del ideal soñado?

¡Fernandez y Gonzalez! El ídolo del pueblo, que lee sus obras como revelaciones del sentimiento, arrancadas por su genio poderoso a las entrañas de sombra de lo desconocido!...

Envoltura de luz cada una de sus novelas de una nueva idea, especie de embrion de lo

que ha de ser una verdad nueva en el porvenir, hacen sentir y pensar, fascinan y atraen, encantan y conmueven!

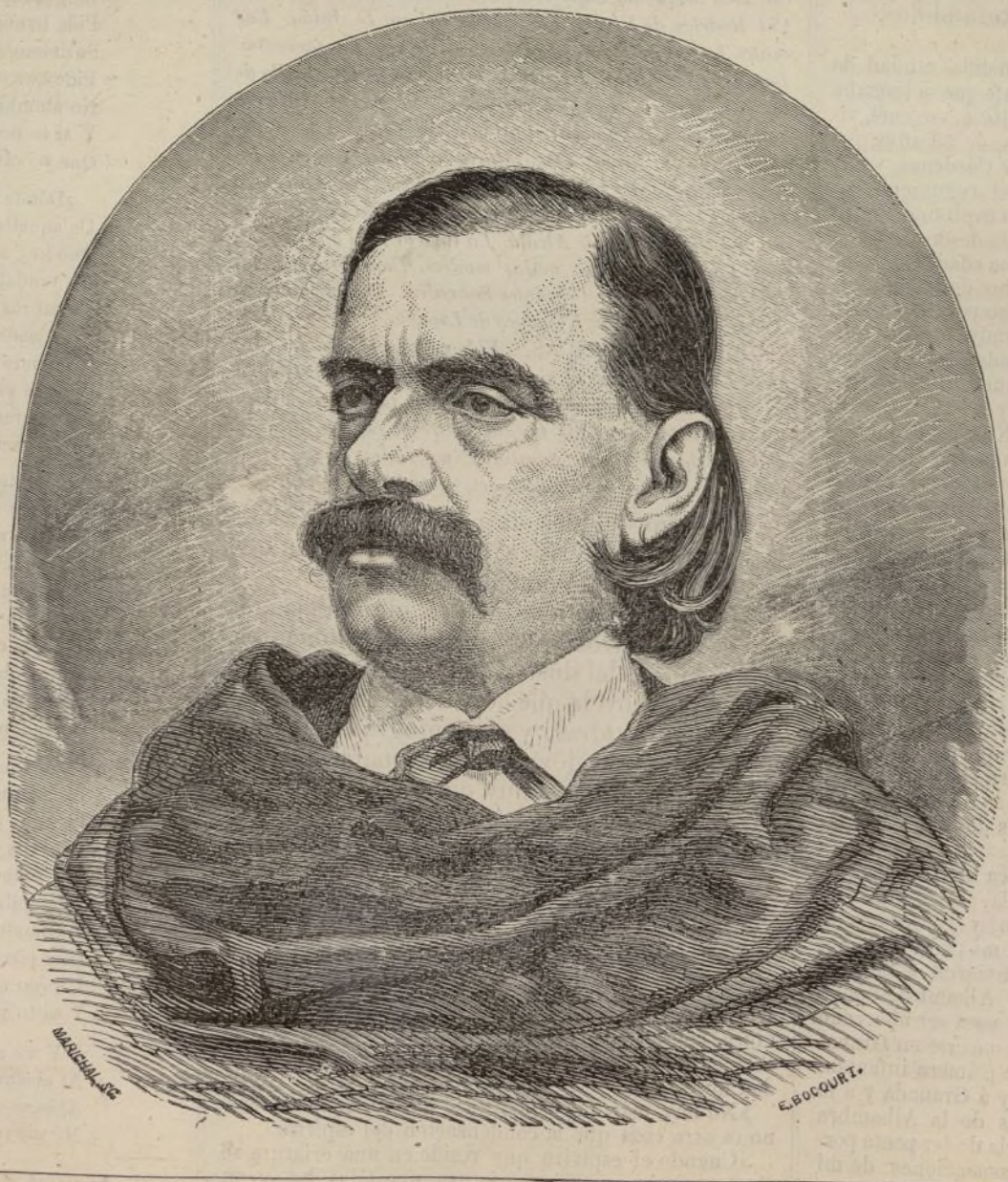
No son cuentos fascinadores, son obras inspiradoras de todas las grandezas, de todas las sublimidades.

La admiración al genio viene a ser una especie de religión del espíritu, que se impone sin dogmas ni reglas, como si obedeciese a irresistible impulso: el talento es el don más grande del humano ser: la inteligencia la verdad más palpable de la vida. Su influencia es indiscutible. Es una soberanía absoluta para la cual no hay protesta. Podrá la humanidad, encadenada a sus faltas como Gulliver a sus ligaduras, intentar oponerse al paso del ser privilegiado, que ha de vencerla encantándola, pero será inútil!...

La sociedad, oleada eterna que el Océano de la vida arroja a lo infinito, pugna por rechazar cuanto se le impone con su valor, como las ondas de los mares lo que con su peso las domina.

Si el esfuerzo es vano; si rabias y espumas se deshacen en la grandeza del hombre y en la firmeza del buque, unas y otras pasan, se revuelven como para borrar la señal de vasallaje que en ellas se ha impreso, se humillan, y vuelven humildes a prestar su homenaje, la una en aplausos, la otra en rumores, al genio y a la fuerza, esto es, al hombre y al barco.

Una vez vencida la primera marejada social ó ma-



D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

rítima, nada hay que temer. La sociedad hace suyo el triunfo, como el mar hace suya la presa que sustenta.

Nuestro novelista ha llegado ya, por derecho propio, por el mejor de los derechos, puesto que lo ha conquistado su inteligencia, á esa soberanía que tiene por trono la admiración de un pueblo. La lucha ha pasado, pero no del todo... ha pasado la del genio, y ha empezado la del hombre.

La sociedad hace un *distingo* entre el pensamiento que crea y la mano que escribe.... Para el primero se ofrece como pedestal de su gloria; para la segunda.... sólo tiene indiferencia.

¿Qué suponen las necesidades del hombre, sus dolores, su triste soledad, para un público ávido de saborear los frutos de su ingenio!...

—¡Que llore, pero que escriba!... dirá el pueblo si sabe sus pesares.

—¡Que no coma, pero que alimente la sed de mi alma con la riqueza de la suya! exclamará al saber que tiene hambre.

De este modo, olvidando la personalidad donde encarna aquella idealidad sublime, se venga en el hombre de la superioridad del genio.

Pero nos extendemos en consideraciones sin hacer la biografía de este *Andaluz*, tan *Ilustre*, que es la gloria, el orgullo de Andalucía. ¿Qué pudiéramos decir que el público no conozca? Los títulos de sus obras? Quién no los sabe de memoria!... Su vida íntima? Es pobre, honrado y soñador... Pero... ah!... algo podemos decir á que den nuestros lectores tanto valor como le damos nosotros. Copiaremos un preciosísimo autógrafo del que se ha llamado—sin duda para honrar á Francia,—*El Dumas español*, en el cual con las galas de estilo que esmaltan de perlas y flores sus trabajos, nos ha hecho el honor de confiarnos algunos datos importantes de su vida. Hélos aquí sin que los profanemos alterándolos.

«Había *in illo tempore*, en la ilustrísima ciudad de Sevilla, en la calle de Vizcainos, un café que se llamaba del Romano; en una casa situada frente á ese café, vivía un buen mozo, natural de Málaga, de 33 años, que se llamaba D. Manuel Fernandez de Cárdenas, y que estaba de guarnición en Sevilla con el regimiento caballería de Farnesio, 6.º de línea, y era capitán de su 4.º escuadrón: este caballero estaba casado desde 1816 con una hermosa señora rubia de su misma edad, Doña Rita Gonzalez del Rivero, que á las ocho de la mañana del día 6 de Diciembre de 1821, le hizo por tercera vez padre, dando á luz una criatura masculina (por desdicha venida al mundo) que fué bautizada en el Sagrario al estruendo de las trompetas del escuadrón de su padre que tocaban el himno de Riego, y á cuya criatura se pusieron los nombres de Manuel Nicolás Francisco María del Carmen, el primero por su padre, el segundo por el santo del día, el tercero por su abuelo materno, y el cuarto, porque no pudiéndole llamar Rito, su madre quiso se le pusiese el nombre de la Santísima Virgen del Carmen, á la cual tenía una justa y particular devoción: aquella criatura es el Fernandez y Gonzalez que tiene la satisfacción de hablar con Vd. por medio de su no muy inteligible escritura: para completar estos primeros datos debo decir á Vd. que el agua del bautismo me causó una fluxion á los ojos, que después ha tenido para mí, mal curada en sus principios, funestas consecuencias: ciego he estado mucho tiempo ó casi ciego, pero gracias á Dios, sin que ningún médico me haya curado (gran ventaja para el bolsillo y para la salud), el órgano de la vision se ha rehecho en mi espontáneamente y ya hace más de seis años que sólo soy corto de vista.

»Las turbulencias de aquella época hicieron que yo estuviese muy poco tiempo en Sevilla; el regimiento, mis padres, mi hermano (ya difunto) y yo, fuimos de acá para allá; vino el cambio del 23, mi padre se había comprometido, le prendieron, y lo enviaron á la torre del Homenaje de la Alcazaba de la Alhambra, donde sufrió tres años y de donde no salió para ser ahorcado por negro, porque Dios no quiso: yo me crié en Granada ó más bien en la Alhambra en mi primera infancia: tal vez por eso amo á la Alhambra y á Granada y á la Sierra Nevada, que desde las torres de la Alhambra veía, y tal vez por eso di en la miseria de ser poeta porque poéticas fueron las primeras sensaciones de mi alma.

»En Granada fui á la escuela; en Granada fui al estudio; en Granada fui á la Universidad; y allí también,

hijo de soldado, fui á ser soldado: ya hacia yo versos y novelas (desde 12 años): gané ó me dieron por hecho de armas la Cruz de San Fernando: en el Liceo de Granada, en unos juegos florales, obtuve la Rosa de oro: más tarde la Academia Española me dió medalla de oro, en premio de una poesía á aquel rasgo de S. M.; y esta señora y su angusto esposo me acordaron una pluma de honor con sus iniciales y su corona: fui á París en 1867; estuve dos años y medio; se tradujeron una docena de novelas mías en los folletines de los primeros periódicos; me vine á causa de la guerra; he escrito sobre 700 volúmenes y continuo escribiendo; he sido honrado en demasía, pero también he sido miserable é injustamente calumniado: he ganado mucho dinero... para los editores, y estoy pobre y agregado al Ministerio de Fomento, para tener pan.»

Hé aquí los títulos de sus obras:

NOVELAS.—*El doncel de D. Pedro de Castilla. La mancha de sangre. Historia de los siete murciélagos. Allah-Akbar* (¡Dios es grande!). *Obispo, casado y Rey. Martín Gil. Los hermanos Plantagenet. El asno cojo. Un horóscopo real. D. Juan Tenorio. Doña Isabel la Católica. La Maldición de Dios. El condestable D. Alvaro de Luna. Los monjes de las Alpujarras. Men Rodríguez de Sanabria. El cocinero de S. M. Luz y sombra. Luisa. El martirio del alma. Los desheredados. Los hijos perdidos. Gabriela. Historia de un hombre contada por su esqueleto. La voluntad de Dios. La sombra del gato. Amor de monja. Amparo. Los piratas callejeros. Magdalena. La fe del amor. Los esclavos blancos. El rey del puñal. La estrella de la tarde. Bernardo del Carpio. Memorias de una reina. El bufon del rey. Ramiro I de Aragon. El alcázar de Madrid. El alcázar de la Alhambra. Doña Sancha de Navarra. Los grandes infames. El pastelero de Madrigal. Los amores de Alfonso VI. La esclava de su deber. Los niños de Ecija. Juan Palomo. El conde duque de Olivares. El marqués de Siete Iglesias. Los enemigos del alma. La princesa de los Ursinos. La Buena madre. El collar del diablo. El alcalde del Ronquillo. Diego Corrientes. María. Esperanza. Los hambrientos. La honra y el trabajo. Historia de una venganza. La hija del Carnaval. Lucrecia Borgia. La Virgen de la Paloma. Las gentes de buena fé. Don Miguel de Mañara. El montero de Espinosa. La piel de la justicia. El algibe de la gitana. El guapo Francisco Estéban. Pedro Quirós. El rey de Andalucía. El rey maldito. El corregidor de Almagro. París subterráneo. Las botitas color de rosa. La ciudad y la aldea. El juego del escondite. El rey de Sierra Morena. El motin de Esquilache. Don Miguelito Capa-rotta. Los mártires de la familia. Cid Rodrigo de Vivar. La candela del rey D. Jaime. Las cuatro barras de sangre. Los Tenorios de hoy. Los farsantes. Las monedas falsas. El pozo de los suspiros. El castillo de las siete Mancas. Los pichones y los siete mesinos. El rey hambriento. Las busconas. La beata del Tocon. Las calderas del rey D. Jaime. Doña María la Braba. Los siete Infantes de Lara. El tributo de las cien doncellas. La cabeza del rey D. Pedro. El ángel de la patria. Doña María Coronel. El rico-hombre de Alcalá. La luna de miel y la luna de hiel. Las buenas y las malas madres. Don Francisco de Quevedo. Miguel de Cervantes Saavedra. Los amantes de Teruel. Los negreros. El manco de Lepanto.*

OBRAS DRAMÁTICAS.—*El bastardo y el rey. La capa roja. Luchar contra el sino. Sansón. La infanta Oriana. Traición con traición se paga. Un duelo á tiempo. Con poeta y sin contrato. Don Luis Osorio. Entre el cielo y la tierra. Cid Rodrigo de Vivar. Aventuras imperiales. Deudas de la conciencia. Padre y rey. La muerte de Cisneros. Neron.*

Y algunos tomos de poesías, artículos de costumbre y de crítica, sin contar varias que creemos haber olvidado.

Después de hablar de sus obras debemos ofrecer á nuestros lectores estos pensamientos, hoy inéditos, del ilustre autor, que se engarzará en una novela que hoy escribe, titulada *La estrella de la tarde*, y que autógrafos guardamos como una joya de inextimable precio: perdónenos nuestro muy querido amigo, si los hacemos conocer al público ántes de lo que él pensaba:

«El Universo no es otra cosa que el conjunto relacionado de los modos de ser de la materia; una continua evolucion del denso al fluido, del compuesto mayor al compuesto menor; una lubricidad constante; una atraccion y una repulsion; una multiplicidad de actividades, proveniente siempre de una primera y única causa y que se manifiesta en relacion con la entidad de los seres sobre que se ejercita la virtualidad misteriosa.

»No hay más que espíritu; lo que se llama materia no es otra cosa que la condensacion del espíritu.

»Cuando el espíritu que reside en una criatura se siente asimismo en otra criatura, une á las dos en su propio sentimiento; hace de ellas un solo ser: este es el amor; la unidad del espíritu residente en un hombre

y una mujer; un solo ser, dos términos de la trinidad eterna que no son en sí más que una sola individualidad, que se completa con el producto de su actividad: y por eso, cuando perdemos la mujer, parte de nuestro ser, el hijo, ser de nuestro ser, sentimos el dolor horrible de la sensacion de una parte de nuestra alma perdida en el infinito misterioso, mientras que su otra parte permanece atormentada y triste en infinito miserable.»

Después de copiar estos sublimes pensamientos, nuestra pluma sólo sabe bendecir á Dios que permite aliente un rayo de su luz inmortal, en la inteligencia de la criatura humana.

PATROCINIO DE BIEDMA.

A TÍ. (1)

Criatura celestial, promesa vaga,
Rayo de luz fugaz, aura de vida,
Ventura, bendicion, nube encendida
De un horizonte donde el Sol se apaga;

Almo ser de mi ser, divina maga,
Un momento en mi sueño aparecida,
Dulce verdad de la ilusion querida
Que mi triste existir tenaz alhaga;

¡Ah! ¡No pases por Dios! que mi amargura
Será sin fin, insoportable, horrenda,
Si á detenerte mi dolor no alcanza;

¿Por qué ¡hay de mí! me muestras tu hermosura
Si al ver del alma en tí mi dulce prenda
Desapareces matando mi esperanza?

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.
Madrid: 1877.

¡NO TE OLVIDO!

Me pides con duro acento
Que para siempre te olvide,
Y tu corazón no mide
Lo grande de mi tormento.
Pide tú que el rauda viento
Se detenga en su carrera,
Pide que en la azul esfera
No alumbre el Sol su camino,
Y si es posible, imagino
Que yo olvidarte pudiera!

¿Dónde fué la dicha pura
De aquellas tranquilas horas,
Que hoy se convierten traidoras
En raudal de mi amargura?
Ya mi razón insegura
Tu pasado amor invoca,
Y cuando el martirio toca,
Vé que este horrible martirio
No es creacion de su delirio
Que es sentencia de tu boca!

¿Qué te ha hecho, di, el alma mia
Para que robes su encanto
Y hagas que revele el llanto
La señal de mi agonía?
Si es que á matar mi alegría
Tu ciego encono se lanza
Y finjes con tu venganza
Faltas que no cometi...
¿Por qué no te apiadas, di,
Dejándome una esperanza?

En vano busco en tus ojos
La luz que amor alentó,
Luz que siempre me llevó
Trás tus pueriles antojos.
La sombra de los enojos
Tu pupila no me esconde,
Y cuando pregunto dónde
Hay piedad de mi gemido,
Un eco repite... «olvido»
Y es tu voz que me responde.

Y vá rodando tu acento
Al abismo de mi pena,
Abismo que sólo llena
Mi gigante sufrimiento.

(1) El CÁDIZ se enorgullece de publicar este magnífico Soneto, escrito expresamente para él, por nuestro insigne novelista. (N. de la R.)

Pretende que el rauda viento
El ancho espacio no mida,
Que el rojo Sol no despida
El vivo fuego en que arde,
Que quien ama, olvida tarde:
Quien bien ama, nunca olvida!

J. MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1877.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

No sé si al hombre á siervo le reduces
Con el poder que en tu semblante existe,
Te conozco por cuanto produjiste,
Y por cuanto tambien feliz produces.
Es tu poesia manantial de luces;
De torrentes flamígeros se viste:
¡Bien se conoce que al calor naciste
De los dorados cielos andaluces!
¿Quizá de un rayo de su luz provienes?
¿Quizá á tu paso enciéndese la rosa
Porque de envidia ó resplandor la llenes?
Yo solamente afirmaré una cosa:
Que si belleza cual ingenio tienes,
Serás como los ángeles hermosa.

V. M. y C.

Madrid: 1877.

Á LA EMINENTE POETISA

Y DISCRETA DIRECTORA DEL «CÁDIZ»

DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

Del Bétis en la orilla
No se escuchaba
El eco de las glorias
De nuestra patria.
Nada se oía
Des que cayó la guzla
Del Nazarita.

Tan sólo ave sublime
De ignotos lares,
Al hallar en Sevilla
Fin á sus males,
Gozosa supo
Rendirle de cariño
Largo tributo.

Copió de nuestras auras
Los ecos dulces,
Y sus cantos henchidos
De ese perfume
Que en Dios se halla,
Fueron místico encanto
De nuestras almas.

Ya su voz no se escucha;
Llegó á su ocaso
El Sol que nos dió vida
Con ígneos rayos...
¡FERNAN ha muerto!...
¡Guay si tú no quedaras
En nuestro duelo!
¡Tú! Que de Dios la mano
Ponerte quiso
Donde á las letras dices
Honra y auxilio!...
¡Tú! luz y vida
De los pensiles ricos
De Andalucía.

Desde el primer sonido
De tu arpa de oro,
hasta los que hoy asombran
Al mundo todo,
Llevan tus cantos
La inspiración sublime
Del númen sacro.

Con voz encantadora,
Pura y discreta
Cantastes tus amores
Dichas y penas,
Que revelaban
De la doncella hermosa
La noble alma.

Después, esposa amante,
Tu hogar bendito
Se esmaltó con las flores
De tus escritos,
Y diste al pueblo
De virtudes preclaras
El santo ejemplo!...

Madre á los quince años,
Madre y aún niña,
Amastes á tus hijos
Con alma y vida;
Y en la esperanza
De esa dicha, formaste
Dulces plegarias!...
Llegó á tu hogar la muerte,
Y á su recinto
Robando tus amores,
Formó el vacío...
Cómo lloraste
Lo saben, los que viven
De tus cantares!...

Después que dominastes
Esos dolores
Que á tu vida quitaron
Sus dulces goces;
Noble y serena
Dices: *Corazon, calla!...*
Tú, mente, piensa!...
Y piensas de tal modo
Que los mortales
De Dios en tí comprenden
Fines muy grandes!...
Por eso absortos
Te admiran y te aplauden
Los hombres todos!...
Cumple tu noble empresa
Jóven poetisa;
Llena de luz la patria
Del Nazarita...
¡FERNAN ha muerto!...
Tú quedas, honra y gloria
De nuestro suelo!...

JOSÉ JURADO DE PARRA.

Baeza: 1877.

EN EL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN, QUE FALLECIÓ
EN VALLADOLID EN 25 DE MAYO DE 1506.

Alzate ¡oh nuevo mundo! entre los mares
Envuelto en el cendal de tu hermosura;
Construye con cariño cien altares
De tus montañas con la plata pura;
En gastar tus lares no repares
Pues esa voz que vibra allá en la altura,
En las ondas del eco estremecido
Modula de Colón el apellido.

Mira como las ramas del follaje
Los arroyos rientes, bonancibles,
Y las aves de nítido plumaje,
Los ecos de las auras invisibles
Y el murmurio del plácido oleaje
Con sus rumores dulces, apacibles,
Un nombre cantan que en el aire zumba
Arrancado al misterio de una tumba.

¡Tú, nuevo continente que despliegas
De la ciencia y del arte los pendones!
¡En que al palenque del estudio llegas
Ofreciendo al saber cien galardones!
¿Porqué un recuerdo á su apellido niegas?
¿Porqué tus palpitantes corazones
No lanzan llamas de entusiasmo ardiente
Al revelar su genio prepotente?

Él rompiendo del mar la negra bruma
Te entregó del progreso el estandarte;
Él después al mirar la blanca espuma
Que se acerca á tus playas á besarte,
En medio del delirio que le abruma
Exclamó: tan hermosa al divisarte,
Tú darás tu vigor, tu vida al hombre
Y en cambio yo te entregaré mi nombre.

¡Y ni aún eso quisiste! abrasadora
El progreso por tí, su luz enciende;
En tus pampas febril locomotora
Flotantes orlas de vapor extiende;
Desde las nubes do la ciencia mora
Sobre tí su rocío se desprende,
¡Mas carece de nombre verdadero
Y llevas el de un pobre aventurero!

¿Qué de tí hubiera sido si en la mente
Del Genovés, el genio no brillara?
¿Si buscando tu playa, el mar rugiente
En pobres carabelas no surcara?
Entonces ni el antiguo continente
En fraternales lazos te estrechara
Ni tú en belleza y en vigor gigante
Te alzarías de vida exuberante.

Mas el genio cumplió su ley tirana
Un traidor encubierto, un vil falsario
Del gran Colón la frente soberana
Escarneció con odio sanguinario,
Y hoy que es polvo no más, ceniza vana
Hoy que llega su triste aniversario,
No existe una fragante florecilla
Para el gran almirante de Castilla.

FEDERICO PARREÑO.

Cádiz: 1877.

¡CRUCIFICARLOS!

Si á la par de la idea exploradora de las regiones del arte, no marchase la industria que ejecuta y exorna sus creaciones, los inventos, maravilla del entendimiento y causa del bienestar material, no hubieran remontado jamás el nivel de la utopía, y sus autores, no fueran otra cosa que soñadores condenados á bajar á la tumba con la sed y el hambre de su despierta inteligencia.

Otro tanto sucede en el orden de las manifestaciones del pensamiento para el pensamiento, inútil es que un cerebro centellee si las partículas luminosas de la lluvia de oro van á morir ahogadas por la húmeda niebla que envuelve la región de las ideas que debía inflammar.

Julio Verne, ilusorio Colón de los espacios inabundables, consigue llevar en pasajeros sueños numerosa tropa de ilusionados expedicionarios á las regiones inexplorables, por medio de posibilidades imposibles auxiliado en el éxito de sus portentosos viajes, por el colorido, que delinea gráficamente sus personajes.

¿Cuán distinta suerte cupo á Mr. de Cirano Bergérac, fantaseador viajero, cuyas obras se imprimieron en Amsterdam en mil setecientos nueve, después de su muerte, por un amigo que le rinde este tributo y pondera la gracia inventiva de los medios que empleó para elevarse á los astros reyes, comparados con los que hasta su tiempo habían empleado otros viajeros de esta naturaleza!

No es mi ánimo hacer la cronología de los fantásticos expedicionarios: el éter azulado se agitará sin cesar cargado de imaginaciones viajeras, y hasta ese mismo niño que pide la luna, ¿qué es, más que un indolente viajero, que menos acomodaticio que Mahoma, quiere sin transacciones que la montaña venga á él?

Mr. Ciranquí emprendió su expedición, rodeada la cintura de gruesas botellas llenas de rocío, que atraídas por el Sol como ligeras nubes, le remontaron al espacio: por esta vez no llegó á la luna, fué á caer á la nueva Francia, en dónde, por una coincidencia sube de nuevo en una máquina de su invención á favor de la inflamación sucesiva de unas coronas de cohetes unidas á ella, que por fin le llevaron á la luna.

En su expedición al Sol se vale de una máquina, cuyo plano no acompaña, coronada por un globo de cristal, que inundaban los rayos solares á través de sus facetas convergentes. Esta inundación de color y luz producía el vacío, que hecho y lleno de turbiones de viento alternativamente, elevaban la máquina hasta el Sol.

Estos viajes, en que el de la luna dura 124 páginas, los hace en un solo capítulo, temeroso sin duda de que al final de alguno encontrase el lector pretexto para no leer más; no porque el libro carezca de ingenio, y más para su época, sino porque las condiciones cerebrales de los lectores estuviesen un poco rehacías para tomarle el gusto. En ellos le da muy poca importancia á los pormenores del camino, si es que puede llamarse tal á la invisible traza que deja el pensamiento al querer sondear el infinito: los necios, los libreros, y los escritores adocenados y leídos, con los cuales no parece estar en muy buena armonía, forman parte de los moradores de los astros: mucho los eleva para aborrecerlos tanto.

En sus escritos no es frecuente encontrar esas frases desnudas y graciosas á que los antiguos escritores festivos acudían, sin duda, para animar á sus lectores que necesitaban se les avisase cuando se habían de reír.

Ciranquí quizá no avisó y estuvo á punto de ser quemado por hechicero, tomando el vulgo por lo serio sus viajes.

Añádase que cultivaba el estudio de la Física y la Química, cosas que por entonces iban frecuentemente mezcladas con la nigromancia en los tratados de estas ciencias, que se creían hermanas, y que esta afición contribuía á sublevar los ánimos.

El libro, exornado con grabados en *taille douce*, total tres láminas, hechas con primor pero sin genio, es nueva edición, lo que prueba que después de su muerte tuvo mejor fortuna su talento.

¡Mártires de la Literatura! sin gozar de vuestra obra visteis llegar la hora melancólica del supremo viaje, y para abrir camino á generaciones que no pensaban en existir, sufristeis la hoguera de vuestro propio genio concentrado en sí mismo, en presencia de estúpidas multitudes que imponiéndose á la minoría ilustrada gritaban: ¡Crucificarlos!

LUIS OVALLE.

Cádiz: Agosto de 1877.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

MANICOMIO DE LLOBREGAT
(CATALUÑA).—LAS LOCAS EN EL
JARDIN.

NADA más triste que el espectáculo de esa terrible enfermedad, que anulando la razón en el ser humano le deja convertido en un cuerpo inútil, sensible sólo á las necesidades materiales, é incapaz de servirse á sí mismo satisfaciendo las exigencias de la vida.

Como siempre tiene interés el saber que esos desgraciados seres encuentran asistencia esmerada y comodidad relativa, publicamos en nuestro periódico la vista de uno de los patios de este notable establecimiento.



CATALUÑA.—Manicomio de Llobregat. Las locas en el jardín.

VISTA DE TÁNGER.

Esta notable ciudad fortificada de Marruecos, que tiene gran importancia en nuestro comercio, y en el de toda Europa, ha figurado no ha mucho, en hechos de nuestra historia, y creemos agradará verla á nuestros lectores.

FRANCIA.—BOURGES.—VIAJE DEL MARISCAL MAC-MAHON.
MUSEO DE JACQUES COEUR, ADORNADO PARA RECIBIRLE.

La ciudad de Bourges, generalmente silenciosa y triste, ha demostrado una extraordinaria animación en las fiestas con que ha recibido al Mariscal-Presidente, en su viaje, á primeros del corriente mes.

Sus edificios públicos, la estación del ferrocarril, sus plazas y jardines, estaban brillantemente engalanadas á su llegada.

Ofrecemos á nuestros lectores la vista de uno de los que más han llamado la atención por su elegante adorno.

DIÓGENES.

Damos la copia de una estatua de Diógenes que tiene un extraordinario mérito. El sabio griego lleva en la mano la luz con que buscaba un hombre, y ha dejado el tonel, refugio de su pobreza, y guarida donde descansaba de su hastío hacia la sociedad. Se conoce que el hombre hace tiempo iba escaseando, cuando el sabio filósofo no logró hallarle: en nuestra época sería como pedir un mirlo blanco, y por eso, sin duda, no hay quien le busque.

WAGON DE TRASPORTES.—HOSPITAL AMBULANTE DE HERIDOS

Este salon-hospital (cortado longitudinalmente para que se vea su interior) sirve para colocar los heridos graves que han menester auxilios durante la travesía.

Lleva este wagon un botiquín con su hornillo y demás enseres para preparar los medicamentos, así como pieza separada para sirvientes y facultativos: asusta pensar lo que sufrirían los pobres soldados, que pagan con su sangre la vida que deben á su patria, si no tendiese sobre ellos sus alas la compasión que inspira la caridad cristiana.

SUCECOS DEL DIA

MI ADMIRADA DIRECTORA:

AUNQUE los hechos de armas que tanto en Europa como en Asia han señalado, desde la fecha de mi última reseña, las ope-

raciones de la lucha empeñada ostensiblemente entre Turquía y Rusia, pero que en realidad, vendrá en sus finales consecuencias á ser la determinación de las condiciones á que habrá de obedecer el equilibrio del poder entre las naciones cultas, se presentan como favorables á los turcos; á la larga y á menos de no sobrevenir intervención de parte de otras potencias, no podrá menos de suceder lo que está en la naturaleza de las cosas, que el estado más poblado, más civilizado y que dispone de más recursos, venza al estado decadente, pobre y que tiene dentro de su propia casa enemigos que dan la mano á los que de fuera lo invaden.

Si algun aserto existe en diplomacia al que pueda darse el nombre de axioma, lo constituye la universal creencia de que participan desde fines del siglo último los hombres de estado de todos los países, de que la existencia en Europa del imperio otomano, sólo puede prolongarse, merced al apoyo que encuentra en los gabinetes del Occidente, en las dificultades y en los problemas á que no podía menos de dar lugar la desaparición de otro imperio de los territorios que se extienden desde el Danubio hasta el mar de Mármora. No necesita este aserto otra prueba que la de los hechos históricos. La protección de Napoleón I libertó á Turquía de las armas vencedoras de Alejandro I, traído por el tratado de Tilsit á llevar sus miras desde el Danubio al Báltico, cuyas provincias alemanas adjudicó Napoleón á su alianza en Rusia. En 1828, los ejércitos de esta potencia llegaron á An-

drinópolis y amenazaban á Constantinopla, y sólo los detuvo la paz impuesta al vencedor, de resultados de la actitud que tomaban el Duque de Wellington y el Príncipe de Metternich, cuyo criterio pesaba entonces sobre los negocios del continente, todo lo que en la actualidad pesa Alemania, reforzada con la alianza rusa, llevando la rémora á Italia.

La manera y los términos en que habrá de concluir la guerra actual, dependerá del grado de dependencia en que al hacerse la paz queden, respecto á la soberanía del Sultan, además de la Rumania y de la Servia, la Bosnia, la Herzegovina, la Bulgaria y las Provincias griegas, que todavía hacen parte de los

dominios del Gran Señor. Crean que dotadas de autonomía administrativa la Bulgaria á consecuencia de la paz, tarde la raza que la habita, compuesta de cerca de cinco millones de cristianos, deje de ser tan independiente de Turquía como de hecho lo son la Rumania y la Servia; dudar de que no suceda otro tanto el día menos pensado á la Tesalia y al Epiro, sería hacerse una extraña ilusión y dejar de ver las cosas como son en sí.

¿Qué tienen en reserva los Gabinetes para el día en que la paz se haga? Este y no otro es el secreto de la situación. Si existe un pensamiento concreto de parte de Alemania relativamente á las pretensiones de Rusia, ó por mejor decir, respecto á lo que habrán de ser las provincias situadas al Sur del Danubio, el día en que hayan de cesar de ser gobernadas por Bajás turcos; ese pensamiento, sea el que fuese, tendrá que verse realizado, á menos que Inglaterra, Austria y Francia no opusiesen una voluntad común al *fiat* germano-moscovita. No creo en la última alianza de las tres potencias, ni por consiguiente en una guerra general; ni tampoco creo que un cálculo prudente sobre las eventualidades del porvenir, obedezca á otras consideraciones que á las de la supremacía de las dos grandes potencias del Norte, secundadas por Italia y teniendo en frente el abigarrado Imperio Austro-húngaro, una Francia *sin constituir*, y á Inglaterra sin aliados.

La situación que señalo era de preveer teniendo en cuenta lo que dejó por hacer la paz de París de 1855 y las aberraciones de Napoleón III en Italia, en Dinamarca, en Méjico, en la guerra de 1866, observaciones colmadas por la denuncia que la de 1870 dió lugar á los tratados de Versalles y de Francfort.

La Francia y la Inglaterra fueron las dueñas de la situación política en Europa de 1830 á 1848 y de 1854 á 1870. Dejaronla escapar de sus manos y á nadie tienen que quejarse de lo desprevénidas que se encuentran, por hacer prevalecer una situación de equilibrio y de pacífico y próspero desarrollo del principio de libertad.

Dejemos á los que han dado lugar al enigmático estado en que se encuentran los intereses del Continente, el cuidado de enderezar el carro del equilibrio expues-



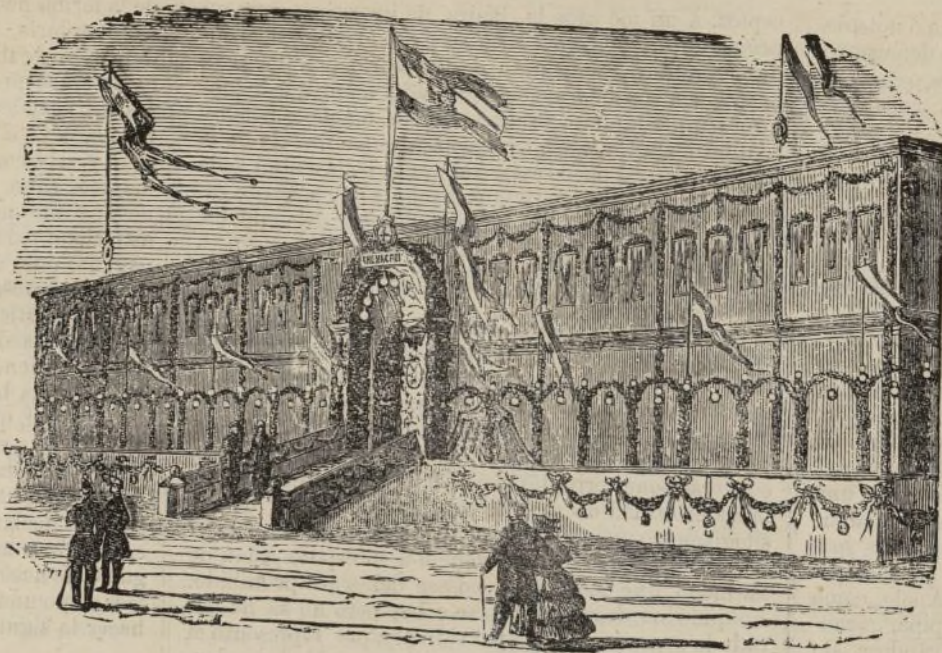
ÁFRICA.—Vista de Tánger.

to á volcar, y contentémosnos con ver á España libre de las complicaciones en que pueden verse envueltas las grandes potencias.

De mucho podría servirnos la perspectiva de poder ocuparnos de nuestros asuntos interiores, sin temor de que dificultades exteriores viniesen á complicarnos, si supiésemos aprovecharnos de las lecciones de la experiencia imitando á la Rusia, que tanto ha sabido adelantar en punto á mejoras y organizacion interior despues de sus desastres de 1855 y 56. La misma Francia, la vemos compensar la pérdida de su influencia y combatir la debilidad del *provisorio* en que vive, dando disciplina á sus partidos y proponiéndose fines de interés nacional. ¿Podemos nosotros decir otro tanto? ¿Se habrá colmado en España el abismo de las revoluciones? Mucho se lamentan, y con razon, los órganos de nuestros partidos en la prensa, de la indiferencia del país respecto á la cosa pública, de la preponderancia del Gobierno que todo lo monopoliza, que no deja libertad ni á los periódicos, ni la consiente en las elecciones, y que segun afirman las oposiciones tiene como cerrados todos los caminos por donde pudieran los ciudadanos ejercitar sus derechos.

Ahora bien: no es explicable semejante estado de compresion moral, sin que los agravios, la coaccion, la denegacion de las cívicas franquicias sea comun á las opiniones que no apoyan al Gobierno. Si en realidad la prensa se encuentra ahogada y no puede dar expulsion á las dolencias del público; si los artículos de la Constitucion no se cumplen, ó se aplican mal; si las autoridades en vez de proteger y de administrar pródicamente, oprimen y veján; si las elecciones no se verifican con pureza, semejantes agravios, siendo comunes á los hombres de todas opiniones, experimentándolos el tradicionalista, el constitucional, el centralista, el radical, como el posibilista, claro será como la luz del dia, que la dolencia siendo general, todos deben tener igual interés en remediarla, sin que para ello necesiten confundir sus principios, ni separarse un ápice de sus creencias, para procurar la remocion de aquello que á todos molesta.

Evidente es además que las quejas presentadas en nombre de una individualidad ó de un partido no pueden impresionar los ánimos, ni por consiguiente influir del mismo modo sobre la opinion, cuando se producen aisladamente que cuando revisten el carácter de general exigencia, ante la cual no hay Gobierno que pueda permanecer sordo. Las restricciones impuestas á la prensa, las trabas que coartan la franquicia electoral, la desigualdad en la aplicacion de las leyes, reclamadas y protestadas con concier-



FRANCIA.—Viaje del mariscal Mac-Mahon á Bourges: museo de Jaques Coeur adornado para recibirle.

to, mesura y perseverancia por los que resienten sus efectos, no tardarian en producir un coro de dolencias públicas, cuyos saludables efectos traerian muy pronto el remedio.

La nueva ley electoral acaba de promulgarse; en ella tienen los ciudadanos escritos sus derechos; pero si no se cuidan de hacer uso de ellos; si no se organizan para su defensa; si abandonan á los agentes del Gobierno las operaciones conducentes á la formacion del cuerpo electoral, ¿qué extraño habrá de ser, que llegado que sea el dia de acudir á los comicios, se encuentren en mayoría los clientes de la Administracion? En estos últimos dias se han quejado los periódicos de las ventajas que el Gobierno encuentra en la docilidad de los electores, y nadie, sin embargo, ha pensado en la importancia de que se tengan listas electorales bien hechas, en que se cumpla lo escrito en la ley acerca de su formacion. En que ella sea la expresion de la verdad, todos los partidos están igualmente interesados y fácil les seria, sin necesidad de confundirse, ni de fusionarse, el adoptar los oportunos medios para que figuren en las listas cuantos tienen derecho á ser inscriptos en ellas, procedimiento que sólo exigiria la más sencilla, la más inofensiva y legal de las organizaciones que caben dentro de los preceptos y al amparo de la ley.

Ménos trabajo costaria á los agraciados y quejosos adoptar el oportuno remedio, que tiempo é ingenio gastan en exagerar el mal,

gun el grupo á que se halla afiliado, se prepara á explotar.

¿Derribará el suceso al Sr. Cánovas, ó dará mayor consistencia á su poder? ¿Quién tiene más probabilidades de reemplazarlo, es el señor Posada Herrera, el Sr. Sagasta, el señor Alonso Martínez ó el general Martínez Campos? Hará el actual Gabinete uso de la nueva ley electoral, ó estará reservado al que le suceda traer sus amigos á las Córtes? Tales son los temas que están haciendo el gasto de las conversaciones de los bañistas de Santa Agueda, Arechavaleta, Cestona, Biarritz y S. Juan de Luz, pláticas que al regreso del Rey, llegado ayer, y que salió esta mañana para la Granja, van á ser continuadas, aumentadas y corregidas en aquella bucólica residencia.

El nuevo ministro de Hacienda, marqués de Orovio, despierta grandes esperanzas y grandes temores. Ocasianan las primeras la subida que han empezado á tener los fondos públicos, novedad que por lo inexperada ha causado grata sorpresa, é inspiran los segundos la valiente *razzia* que el marqués ha efectuado en el personal de su secretaría, cuyos gastos ha reducido á 60 por 100, economía que no podia ser obtenida sino dejando cesantes á crecido número de antiguos y modernos empleados, y como segun se ha dicho, la *nómina* es la ley de pobres de España, la alarma es general, por cuanto estimulados por el ejemplo, los compañeros del Sr. Orovio no quieren quedarse atras y se disponen á efectuar análogas limpias en sus respectivos ministerios.

A. BORREGO.

Madrid: Agosto 15.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Invocacion.

I.

No ya los autores de Iliadas, Eneidas, Aus triadas, Luisiadas ó Ciropedias que calzaron el clásico co turno, sino aun los que sobre humilde sandalia cantaron héroes de menor cuantia, tuvieron por costumbre invocar á las musas para que les diesen inspiracion, fuego ó gracia especial con que pudiesen salir airo-



Estatua de Diógenes.

sos de su arriesgada empresa. Tomemos acta ó nota de este hecho, importantísimo en un tratado de defensa de la mujer. Que las musas representan deidades, ó en otros términos, *dioses-hembras*, nadie lo podrá negar, ni tampoco que no existe ejemplo en los fastos literarios de ninguna nacion, de un poeta que haya invocado á un *musa*, aunque en esto de los géneros hay una confusión lamentable en los idiomas antiguos y modernos. Podría dudarse si *musa* representa una mujer ó un hombre allá en el Olimpo; pero toda duda se desvanece ante la unanimidad con que son llamadas las *nueve hermanas* por los escritores de todos los países. A esto se me dirá, que Apolo que las preside, es un varón hecho y derecho; pero yo respondo, que en el Parnaso sucederá como en los gobiernos de los pueblos civilizados, por ejemplo, de la Inglaterra, donde la reina es presidente sólo *ad-honorem*, una especie de muñeco puesto en la cúspide por vía de belleza de arquitectura social y política, al modo que se pone una aguja, una cruz ó un gallo en los remates de las cúpulas y torres. Los nueve ó catorce ministros, ó los que sean, son los que manejan el tinglado; lo mismo que en el Parnaso las nueve oficiales, y el Sr. Apolo, como muchos presidentes, se estará fumando la pipa, gozando del *olium cum dignitate*, más claro, llevándose, sin hacer nada, la honra y gloria de lo que afanan y sudan las pobres musas, dispensadoras del nùmen en las ciencias, artes liberales y principalmente en el arte divino de la poesía. Así anda ello; en la tierra como en el Cielo, entre mortales como entre inmortales, criaturas y dioses, córtés y Olimpos, la mujer, por ser débil ha tenido la peor parte, y el hombre, con todas sus afazas de cortés y galante, se ha llevado la mejor, sólo porque tiene más fuertes puños.

No alcanzo la razon de por qué el bipedo peloso ó peludo (á quien, entre paréntesis, miro con el más soberano desprecio), se transforma de señor en siervo, de soberbio en humilde, de grande en pequeño y de dictador en suplicante, cuando quiere dejar tras sí obras inmortales del ingenio. En cosas de ganapanes y en fazañas de la fuerza vemos que no se acuerdan para nada de las mujeres, excepcion hecha de los caballeros andantes, únicos hombres decentes, lógicos y razonables, que ántes de emprender las mayores y más peligrosas de sus aventuras, se acogían al patrocinio de sus Orianas ó Dulcineas. ¿Cómo es, pues, que el gran tirano amaína velas, arria el pabellon y rinde las armas en las cosas espirituales, ideales y divinas, confesando que ora cante los sublimes hechos, ora la historia menuda, no puede dar un paso, escribir un verso ó formar una sentencia, si no le ilumina el espíritu y guía el brazo una de las nueve hermanas ó musas encargadas del *negociado*? Sin duda es, porque sin tal recomendacion, acogimiento ó patronato se habrían visto en calzas prietas para hacer leer al público deprecaciones, usurpaciones, violencias, atrocidades é insolencias del sexo feo, que esto y no otra cosa son en suma las entrañas ó sustancia de las epopeyas. ¿Qué habian de hacer los pobres para engañar ó engatusar á los lectores? Muy sencillo: hacer cómplice á una hermosa doncella, simbolo de la paz y de la inocencia; fingir que una mujer autorizaba é inspiraba tamañas demasías y latrocinios, extendiendo la magia de su sonrisa y el sello de su aquiescencia y aprobacion sobre tantas diabluras y desacatos, que ellos saben contar con maravilloso y grandilocuente estilo; pero que si los relata un promotor fiscal ó un escribano del crimen, el más insignificante de los héroes saldria condenado por la conciencia pública á cadena perpétua en un presidio.

Y todas estas fechorías han sido y son llevadas á cabo por los hombres. Abrase la historia y se verá que para cada mujer mala, si tal ha habido, hay en contra millones de hombres perversos. No creais, lectores, que hay una Elena en todas las troyas humanas; despues de todo á Homero nos lo pintan ciego, y como tal, no merece crédito en estos tiempos en que no basta un par de ojos muy abiertos. La hermosa dama griega habria sido una santa, buena madre y buena esposa si no la hubieran casado con el botarate de Menelao, marido de pega, é indigno de tan gran tesoro. De esta tergiversacion de los hechos por el padre de la poesía, provino la preocupacion de los hombres leidos, de que la mujer estaba en el fondo y en el secreto y resorte de todos los males que nos acontecen. ¡Pobre mujer! y para colmo de desventura, vino un juez de encargo ó alcalde de monterilla á propalar la frase de *¿Quién es ella?* en todas las desdichas y siniestros de la vida. No podia llegar á más la injusticia y egoismo de los hombres. Ellos tuvieron el mando, ellos hicieron las leyes, ellos gobernaron ó monopolizaron la prensa, ¿qué habian de hacer sino echar el mochuelo á la parte flaca? ¿Cabe en humano entendimiento que siendo el hombre el *factotum* del Universo, y teniendo en esclavitud y dependencia á la mujer, se eche él la culpa de su mal manejo y administracion? La teoría de los editores responsables no es invencion de los conservadores de Francia ni de los moderados de España. Viene de muy atras, y la mujer fué el tipo y la eterna victima. Pero no hay mal que no concluya, ni razon que no se abra paso, y que el siglo XIX, á quien llamaria yo el gran liquidador de *cuentas embrolladas*, va á poner en claro la gran injusticia, arbitrariedad y escándalo con que las edades pasadas trataron á la mujer bajo todos con-

ceptos. A mí me cabe la honra de investirme por mi propia autoridad, *¿quis sicut ego?* con el cargo de contador, sindico, apoderado ó defensor del bello sexo, simplemente por la buena voluntad y amor que le tengo y porque no puedo sufrir enredos, amaños, belenes ni hipocresías; y como no hay peor cuña que la de la misma madera, puede estar segura la bella mitad de la española raza, que no dejaré ostugo ni escondrijo, razon ni argumento, socialista ni callejuela del culpable usurpador y tirano de las barbas, que no salga aquí á colada y se desmenuce, dando á cada cual lo que se merece.

En verdad, yo creo, á ser cierto lo que nos dice la Biblia, de la vida y hechos de Adán y Eva en el Paraíso, que lo que ha pasado en la historia de la humanidad no es más que una venganza, revancha ó partida serrana de los hombres contra las mujeres. Dícenos autoridad tan grave como todo un Moisés, que tenia conversaciones privadas con Jehová, que la mujer, por la superioridad de su dialéctica, por la fuerza de sus silogismos, por la magia, afluencia y elocuencia de sus discursos, persuadió y convenció á su esposo Adán de tal modo, que le incitó á comer del fruto prohibido. Lo que vino despues harto se sabe; pero no se ha parado la atencion en el papel ridiculo que representó el hombre, y en que dado su orgullo y vanidad no dormiria tranquilo hasta tomar sus medidas y proyectar la más cruel é insidiosa de todas las venganzas, como son las que se cobijan con la lisonja y la adulacion. Fígurome yo, que Adán ó sus descendientes, al verse alicaidos y asendereados por consecuencia de la falta ó pecado que en comun cometieron, dirian para sí mismos: «Al primer tapon, zurrapa. A las primeras de cambio nos ha vencido la mujer, en ingenio cacúmen, caletre, travesura y oratoria. ¿A dónde irá á parar esto si no la atamos corto? Ella será débil y suave de miembros y pellejo; pero ¡canario! es como los tísicos, que mientras más endeble de cuerpo más superiores son de espíritu. Abajo con ella, esclavizémosla, privémosla de derechos y de educacion. Así encubrimos nuestra ignorancia é incapacidad. En la primera lucha y ocasion solemne, como quien no dice nada, en cuestion de ser mortales ó eternos, nos ha llevado la palma en ingenio, talento, razones ó sofismas. Si la ponemos al igual con nosotros, buen papel vamos á representar en el mundo.» Dijo ó dijeron, y desde aquel momento se firmó la sentencia de muerte civil y política de la mujer. Allá en sus cálculos egoistas consideró, que:

Razon es cero
Do fuerza es fuero,

y sintiéndose más *gafán* que la mujer, tomó su resolucion de ponerla bajo del celemin y colocarse él en el candelero, por aquello de que *nominor leo* y «á entendimiento me ganarás pero á fuerzas nó.» La historia de la humanidad no es nada si no es un ejemplo de este egoismo é injusticia. El hombre fué el autócrata, el emperador, el tirano, el rey, el regidor, el ordenador de todas las cosas, sin ingerencia ó mezcla *oficial* de la mujer, á quien relegó al último término. Y ¿cuál es su obra? ¿Cuál es el resultado? Cuando la mujer reivindica su fuero, cuando pide su parte proporcional en la direccion de la sociedad, bien puede decir: «Caballeros, pueden Vds. echarla de baranda y escupir por el colmillo. ¡Como lo han hecho Vds. tan bien! Al cabo de tantos siglos de manejo absoluto en la sociedad, despues de haber empuñado la cruz, ceñido la toga y esgrimido la espada, tres grandes sacerdocios que os reservásteis exclusivamente: despues de haberos abierto mil caminos y profesiones y hasta «invadido indignamente los quehaceres femeninos, todo se vuelven quejas de daño, males, abusos y aflicciones. Nosotras no tendremos talento, según decis; pero ¡pardiez! que para la ensalada que habeis hecho, el poco ó mucho de que os gloriais estaba de más.» Y si esto les dijeran no darian léjos del blanco de la verdad, pues para mí tengo que en negocios de gobernar más vale una onza de sentido comun que una arroba de ingenio, y tal vez la causa de que entre todos los pueblos de la tierra, España sea la más desgobernada, es que todos son ó se creen sabios, siendo cierto, como dijo Sancho, que más alcanza un ignorante con buena voluntad, que un hombre de ingenio malicioso ó perverso.

Al fin, aunque tarde, ha llegado la hora de la redencion y emancipacion de la mujer de las garras de su disfrazado despota, y este gran movimiento que comenzó á sentirse por las regiones del Norte, viene como torrente extendiéndose y ensanchándose hácia el Mediodia, sin que nadie lo pueda detener, pues trae impreso el carácter de los hechos providenciales en la historia. Ejemplos heroicos de valor y atrevimiento y sobre todo de constancia y diplomacia habrán de narrarse en esta magnífica epopeya, que andando los siglos, alguno cantará con mejor plectro, pero no con más fé y entusiasmo en la justicia y razon que asiste al bello sexo en esta terrible lucha contra sus antiguos tiranos. Yo no quiero invocar á las musas porque no conozco á estas señoritas, ni espero ser presentado á ellas en la forma que la etiqueta exige; pero soy admirador y tengo relaciones con otras, que sin estar en el Parnaso no les van en zaga en ingenio y hermosura, y á decir verdad, en mi opinion todo el secreto de la virtud de esas nueve deidades, es que fueron ó las pintan doncellas de extremada belleza física, y como la fuerza

de la forma hace prodigios en quien la aprecia y sabe contemplarla, de ahí la supuesta inspiracion de esas damas, en realidad el espíritu divino que está en nosotros y nos enardece cuando se agita. Musas por musas, y tratándose de hechos concernientes á la mujer, invocaria yo á la hermosura, cosa tangible, real, que está y vive con nosotros y cuya inspiracion y efectos mágicos sobre el corazon y la mente ninguno podrá negar como no sea un alma de cántaro. Bien sé que esto tiene para algunos puntas y collares de gentil ó pagano, pues al paso que los poetas han comparado la mujer hermosa á los ángeles y serafines, muchos santos padres, místicos y ascetas han dicho formalmente que son posadas ó albergues del diablo que escoge esas bellas apariencias para seducirnos y engañarnos. Dios les pague la buena intencion á estos grandes maestros de la moral, que sobre la mala suerte ó desdicha de nacer mujer, y ser esclavas, juguetes y maniques de los hombres, todavía quisieron convertir en aborrecible el mejor de los tesoros de la tierra. Contra su autorizada opinion declaro, que nunca sentí inclinacion á hacer la cruz á una mujer hermosa, y cien veces me vinieron ganas de hacer un calvario á más de cuatro pedagogos feos como una noche de truenos, lo cual me dió pie para hacer la siguiente pregunta de caso de conciencia:

Morir por la libertad
Es vivir siempre en la historia;
Y deja eterna memoria
Quien muere por la verdad.
Morir por la caridad
Eterna paga asegura;
Y diga Vd., padre cura:
¿Tiene trazas de gobierno
Que se haya de ir al infierno
Quien muere por la hermosura?

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Lóndres: 1877.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

—¿Qué es esto? preguntó Julia á Luisa con llaneza, te empeñas en no ser buena?... Pues mira que tú te lo pierdes!...

—Está mejor, dijo Eugenia con impaciencia al oír tan inoportuna pregunta.

—Más vale así, pero no lo parecia!...

—Mal de niña mimada, poquito y bien quejadito, dijo el Sr. D. Pablo, tomando asiento en una silla que era la mitad más chica de lo que necesitaba para no estar haciendo equilibrios.

—Jesús! exclamó Julia encarándose con Lutgardo, donde se mete Vd. que no se le vé por nada del mundo?... Creí que se habia muerto, y ya le iba á mandar una misa.

—Pues, no me mande Vd. nada, señora, porque estoy vivo...

—Jé! Jé! murmuró moviendo su respetable abdómen el Sr. D. Pablo, vive y bebe, como decia yo no sé quien, porque anoche se tuvo una buena fiesta.

—Bah! contestó con disgusto Lutgardo que enrojeció hasta lo blanco de los ojos.

—Si? preguntó con interés Eugenia.

—Son bromas de D. Pablo, dijo Lutgardo.

—Bromas!... No lo crea Vd!... Esta mañana á las seis mandé llamar á mi barbero, porque tenia que ir á un entierro y necesitaba afeitarme temprano, y me dijeron que no podia ir porque habia pasado la noche con Vd. de bromas... vamos, si á Vd. le gusta la palabra, pase, pero yo diria de huelga...

—Eso no es verdad, contestó de mal humor Lutgardo.

—Pero, hombre, qué tiene de particular, preguntó el comedido D. Pablo, los jóvenes han de divertirse; qué diablos, echar una cana al aire no es un pecado... Ojalá pudiera yo... Jál! Jál!... ya... estoy muerto, si señor, muerto!...

—Repito que no es verdad...

—No se enfade Vd., querido... Precisamente nada más fácil aquí, donde tienen los jóvenes de buen humor tanto círculo de recreo donde exparcir el ánimo y alegrar el espíritu adorando á Santa Manzanilla, San Pedro Gimenez, y tantos Santos como tiene el Almanaque de Baco!... Cuando hice llamar segunda vez al barbero, y que viniera á la fuerza, me dijo: «Vd. perdone la tardanza, pero D. Lutgardo es lo más divertido y lo más rumboso... nos pagó unas botellas, y ya se vé... á qué está uno... bebimos, y nos alegramos un poquillo... Hubiera sido la noche muy célebre, pero D. Lutgardo cogió una Turca como para él, y el demonio del mareo le dió por llorar, esto nos agnó la fiesta... yo no sé qué *chifladura* se le metió en la cabeza, que se acordaba de todos los muertos...»

—Señor D. Pablo, si ha pensado Vd. fastidiarme diciendole eso delante de estas señoras, se equivoca, porque no es verdad, ni me importa...

—A Vd. no le importa nada, dijo Julia.
 —Ya se ve que no.
 —Es claro; tiene el mundo por suyo...
 —Ya se ve que sí... y qué, señora, se han propuesto ustedes darme á mi un mal rato?...
 —Si Vd. no se los toma, dijo Julia.
 —Ya lo creo!...
 —Pues, uno debe siempre...
 —Señora, déjese Vd. de eso, y hable Vd. de otra cosa; ¿quién le manda á Vd. meterse en lo que yo debo hacer?...
 Julia se puso encendida de rabia ó de vergüenza, no lo sabemos; D. Pablo se echó á reír como si hubiera oído una gracia, y Eugenia palideció densamente: Luisa tenía el rostro oculto entre las manos.
 —La culpa tengo yo que me interese por quien no lo merece...
 —Pues, no se interese Vd., interrumpió bruscamente Lutgardo, y ganará en ello mucho.
 —Pero, al fin era verdad?... dijo D. Pablo.
 —Como Vd. quiera, no he de ocuparme en desmentirlo...
 —Luisa, hija mía, quieres algo? preguntó Eugenia que deseaba cortar aquella inconvenientísima conversacion.
 —Quisiera acostarme... La cabeza me duele mucho...
 —Con permiso de Vds., murmuró Eugenia, voy á acostarla; como son de confianza...
 —Pues no faltaba más, dijo Julia, quieres que vaya contigo?...
 —No, gracias: voy con Eugenia.
 —Espera un poco: avisaré que cierren el balcon, y vendré á darte el brazo...
 —Señora, dijo D. Pablo levantándose, aquí está el mío!... ¡Por vida de los moros!... ¡A ver cuándo se pone Vd. buena, que esto se vá haciendo pesado!...
 Luisa se despidió con voz débil y salió apoyada en el brazo de D. Pablo, precedida de Eugenia.
 Apenas el último pliegue de su vestido desapareció en el corredor, Julia se volvió bruscamente hacia Lutgardo y le preguntó á media voz:
 —Podré saber qué te propones con no ir á verme?... Te he estado esperando tres días, y he venido aquí porque sabía que te encontraría.
 —Has hecho muy mal; porque cuando yo no quiero que se me encuentre, es inútil buscarme.
 —Quiere decir que no te importa que yo te espere, que yo sufra...
 —A mí?... Y qué tengo yo que ver con eso? Ya te he dicho que me dejes en paz, y que no tengo ganas de explicaciones.
 —La culpa tengo yo, por haberte creído!...
 —Pues, yo que te he dicho!... Vamos, habla de otra cosa y no me canses...
 —Me está Vd. faltando, y yo tengo *divinidad*.
 —Qué demonios dices que tienes?...
 —Se burla Vd?
 —Vaya, déjame en paz!...
 —Vd. ha jugado con mi corazón como un niño con una carretilla que la tira cuando no le sirve!...
 —En fin, señora, si Vd. no me hubiera buscado, yo bien tranquilo me estaba...
 —Ay qué infamia!... Ahora me echa Vd. en cara mi amor...
 —Qué amor ni qué calabazas!... Pues, hombre, estaría buena que tuviese uno que dar cuenta de todas las tonterías que dice en su vida...
 —Con que eran tonterías!... Bueno! me alegro saberlo!... Es Vd. un monstruo, un infame... no quiero nada con usted, y en prueba de ello mire Vd. lo que hago con su retrato... y Julia desviando su ampulosa túnica de seda, sacó una fotografía del bolsillo y mostrándola á Lutgardo la rompió en pedazos.
 —Pues me hace Vd. un favor; repuso tranquilamente Lutgardo, porque precisamente era muy mal retrato.
 —Hágase Vd. otro mejor para Eugenia.
 —Ya lo creo que lo haré...
 —También ella puede retratarle á Vd.
 —Y me retratará...
 —Buen provecho... no vuelva Vd. á acordarse de mí en su vida...
 —En eso estaba!...
 Julia pasó el pañuelo por sus ojos, y enjugó un llanto que á la verdad no se había visto en ellos.
 En aquel instante Eugenia y D. Pablo volvían.
 —Vds. perdonarán, dijo Eugenia, pero á mi pobre Luisa le dió un mareo... no sé lo que tiene, pero yo creo que no es cosa tan leve como el médico dice.
 —El calor, dijo Lutgardo.
 —Es particular, pensó Eugenia, parecía que lloraba Julia; por qué hará llorar á todas las mujeres Lutgardo?...
 Julia se levantó, y ofreciéndose para lo que fuera útil, salió con D. Pablo.
 Lutgardo se despidió también y dijo á Eugenia:
 —Gracias á Dios que me dejan en paz para no pensar más que en Vd...

Salió despues de haber dicho estas palabras, completamente inexplicables para Eugenia.

CAPÍTULO XIII.

Vacío del alma.

Imposible sería expresar lo que sufría Luisa despues de haber oído á Lutgardo. Nada hay comparable á ese vacío que deja en el alma la esperanza que se desvanece, la ilusión que se deshace, como la corona de nieve de una roca á los primeros rayos del Sol.

Es el sufrimiento, la amargura, la sensación penosa de una disgregación del ser; la sombra que cae sobre un espacio ántes límpido empañándole para siempre. Nada más delicado, más bello, más dulce que la primera aspiración de dicha que se despierta en el alma.

Buscad lo más frágil, lo más aéreo, lo más gracioso, lo más impalpable de cuanto flota sobre la vida, cerniéndose en luz, en perfumes, en colores ó en brumas, y nada igualará á ese sueño gentil donde pasan tomando forma virginales deseos, aspiraciones vagas, delirios sin objeto, que se desvanecen en una nebulosidad sin contorno, vaga, ideal, purísima especie de fantasma que hace y deshace nuestra fantasía, como podría un niño hacer flores de espuma que el viento deshiciere.

Luisa no definía sus impresiones, pero sentíase morir con ellas. De tal modo el espíritu de la pobre enferma habíase apegado á el afecto primero que había sentido, que al separarlo de él, quedaba sin fuerza para soportar por sí sólo el peso de la vida, y caía, como una pobre flor cuyo tallo ha roto el viento, en la inacción y el dolor.

—Pero, por qué no hablas? La preguntaba Eugenia con pena, al verla una y otra hora, con la mirada fija, los labios nerviosamente comprimidos, y las manos juntas, como una estatua de la desesperación.

—Qué he de decir?...

—Lo que decimos todos...

—Es inútil: nada se me ocurre...

—Ni quejarte...

—Para qué?

—No me quieres, Luisa mía! De otro modo comprenderías cuánto sufro al verte así!

—Qué es cariño? preguntaba la niña como delirando.

—Y tú me lo preguntas?... Cariño es un vivo deseo de ver feliz al ser querido, de hacerle participar de nuestros gozos, de alejar de él nuestras penas, de unir nuestro espíritu al suyo para dilatar nuestros sentimientos.

—Imposible! nada de eso existe: no hay verdad más que el egoísmo!

—Luisa!

—Y bien, por qué se ha de mentir siempre?... Tú eres feliz, y lo eres por tí misma, sin ocuparte de que yo no lo sea!

—Luisa!... Tienes valor...

—No, ni valor ni deseo, de otro modo yo te probaría que el cariño no existe; nada hay verdad en la vida... nada más que la muerte!

—Oh! qué pena me dá oírte! Si hablara así un filósofo, un viejo, un ateo...

—¿Y qué es la filosofía más que el conocimiento de la verdad, y qué es la vejez más que el conocimiento de la vida, y qué es el ateísmo más que...

—Luisa! No puedo creerme á mí misma que te estoy escuchando! Eres tú, tú la que hablas?...

—Déjame callar, si el oírte hablar te asusta!... La fe ha de ser absoluta, ó no puede ser: se cree en todo ó no se cree en nada; no hay término medio... y yo ni quiero dudar, ni acierto á creer!

—Luisa, no me explico que seas tú la que habla así... una niña no puede tratar de cosas que no entiende...

—Por eso hablo de lo que entiendo...

—¿Tú estás loca!...

—Ah!... sí!... Dices bien: dices lo que todos... con eso nada se afirma ni nada se niega, y se sale del compromiso de contestar...

—Pero es que en realidad no te entiendo!... Estabas triste, llorosa, inconsolable: ahora, por un extraño cambio, estás silenciosa, sombría, desesperada... Jamás te ha ocurrido hablar de lo que hoy me hablas...

—No has oído tú afirmar que cuanto más nos alejamos de la tierra vemos más claro en ella?... Pues bien, yo que voy á morir pronto, yo que he roto ya con todo lo que á ella me unía, como rompe un barco la cuerda que le retiene junto á la playa, creo que puedo decir todo lo que siento, y por eso me has oído afirmar...

—Si no me afligiera tanto, interrumpió Eugenia, el oír que piensas en la muerte, me reiría de tí; precisamente el médico te encuentra una gran mejoría hoy.

—Sí?... Y estás tú segura de que el médico sabe lo que te ha dicho?...

—Pues no ha de saberlo!...

—Podiera suceder, porque yo creo que ellos ven á los

enfermos como vemos nosotras los encajes ó telas que no hemos de comprar.

—Qué idea!

—Te extraña?... Pues piensa tú en lo que sería de los sentimientos, y hasta de la salud del médico si fuera á impresionarse ó interesarse por cada uno de sus enfermos.

—Por qué no han de interesarse! Además de ser una cuestión de humanidad y deber, se interesa su amor propio en vencer el mal...

—En un enfermo ilustre puede que sí, pero en cuanto á mí, quién sabrá, ni á quién le importa, que viva ó muera?...

—Luisa!...

—Y bien! Encontrarás que digo mal en esto?

—Es decir que yo!...

—Tú!... Lo sentirás, porque eres buena y me quieres, pero lo olvidarás pronto...

—Es una broma pesada, Luisa, me estás entristeciendo; sabes cómo te quiero yo, y no debías afligirme así...

—Ya lo sé que me quieres, pero es menos de lo que tú piensas.

—También me negarás que me conozca á mí misma?... Si lo niegas, pruebas tengo.

—Y yo también...

—Tú! De qué?...

—Dejemos esto, Eugenia, estoy cansada...

—Una palabra todavía; dices que tiene pruebas de que yo no te quiero?...

—De que no me quieres, no he podido decirlo; de que no es tanto como tú supones, sí, porque...

—Por qué?... Acaba...

—Pues, bien; porque si me quisieras tanto, comprenderías que entre lo que dice el médico y digo yo, la verdad es la mía...

—Y tú, si me quisieras, no me afligirías, afirmando lo que tanto me aflige.

—Vale más que lo sepas... Si no te quisiera te diría...

—Qué?...

—Ah, no!... porque te quiero!... Pero estoy muy mala, Eugenia... Hoy apenas puedo respirar...

Luisa echó hácia atrás la cabeza, y calló fatigada: estaba tan pálida que parecía de cera; Eugenia se levantó y se aproximó á ella.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Correspondencia del CÁDIZ.

D.^a E. Ormaeche.—Bilbao.

—Cuánto siento tu enfermedad, querida mía! Deseo muy de corazón tu completo restablecimiento, y te agradezco que sin poder apenas sostener la pluma me escribieses á mí. Me extrañaba tu silencio y no sospechaba la causa: no debes de darme noticias de tu salud.

D. M. Coronado.—Sabiote. (Jaén.)

—Recibida la libranza de 13 pesetas importe de un semestre de suscripción. Mil gracias por los recuerdos que me envía; espero su carta, en la que supongo me dará noticias de el *petit* Manolo, si es que éste no se ha olvidado de mí.

D. A. Harmsen, Baron de Mayals.—Alicante.

—Mil gracias por el preciosísimo poemita que me hace el honor de dedicarme, y que supongo me permitirá publicar en el CÁDIZ. Su excesiva modestia es, sin duda, la que le oculta las bellezas de que está salpicado, y que le hacen tan interesante como todo lo que Vd. escribe. Lo conservaré con el mayor placer.

La propaganda literaria.—Habana.

—Queda servida la suscripción que avisa, y le serán remitidos los números que pide. Mil gracias por sus ofrecimientos que aceptamos con gusto.

D. A. Borrego.—Madrid.

—Celebro infinito el resultado que me anuncia.

D. J. L. Peña Carrero.—Madrid.

—Cuando guste puede mandar los trabajos que me indica, pues sabe serán siempre bien recibidos.

D. S. Sallent y Gotés.—Barcelona.

—Siento mucho que el haberse perdido su carta haya retrasado el envío del CÁDIZ, al cual queda suscrito.

Si el importe lo enviaba en sellos, no es extraño que no haya llegado á esta administración, por lo cual rogamos á los Señores suscritores y corresponsales, certifiquen las cartas que los traigan, pues no podemos responder de extravíos que por desgracia se repiten con frecuencia.

D. V. Romero Quiñones.—Madrid.

—Se le ha duplicado el número 10 que le faltaba; ya habrá visto que acepto con gran placer su lindo artículo que publicaré en el CÁDIZ.

Sr. Administrador del Arte.—Sevilla.

Se insertará el anuncio que envía, y en virtud de lo convenido se le dará aviso de las suscripciones que se hagan.

D.^a M. Olavide.—Madrid.

—He recibido la libranza de 13 pesetas, importe de la suscripción por 6 meses, que me envías. Vuelve á dirigirse el CÁDIZ á Madrid. Mil gracias por tus frases de elogio y cariño, y los besos de tus hermosos hijos, á los que los devuelvo, centuplicados.

D. E. de Sierra Valenzuela.—Madrid.

—Su precioso artículo honra al CÁDIZ, así como su colaboración, que agradezco mucho.

La predilección que siente hácia mi periódico es muy

grata para mí, que conozco su buen gusto literario. Acepto su amistad muy cordialmente, y espero algunos de sus trabajos.

D. E. Múgica.—Tenerife.

—Desde que recibí el primer número de *El Ensayo*, dispuse el cambio, y extraño no lo reciban. Agradezco infinito la irresistible simpatía que le arrastra hacia mi publicación, y sus poesías que publicaré. Cuento con su colaboración; agradezco sus ofrecimientos y amables elogios.

D. M. Ghirlanda.—Santa Cruz de Tenerife.

Celebro haya recibido el CÁDIZ. Ya que V. no venga por aquí, es muy agradable para mí recibir á sus amigos.

D. L. T. Pintós.—Buenos Aires.

—Tienen razón en quejarse de la irregularidad de mis *Cartas*: siempre cuentan con mis simpatías á la *Ondina*, y sólo mis muchas ocupaciones me impiden enviar mis trabajos con más exactitud. Procuraré hacerlo así.

Esperaré que esa empresa tenga oportunidad de girar sobre París ó Madrid, por no molestar á mi familia de esa en el cambio del papel á oro.

D.ª D. T. de Biedma.—Buenos Aires.

—Con muchísimo gusto he recibido su carta, mi amable tía: es una fatalidad que las mías se pierdan, pues he escrito á Vd., á Manuel y á Elisa. Mil afectos míos á todos.

Sr. Director del Comercio.—Sta. Cruz de Tenerife.

—Muy grato hubiera sido para mí concederle autorización para que publicase en *El Comercio* una novela mía, pero me ha sorprendido en extremo que sin esta fórmula se esté publicando *Sensitiva*. Yo me reservo la propiedad de mis obras, y aunque no niego su reproducción, y no la hubiera negado nunca á un periódico tan ilustrado como el suyo, hubiera estimado la pregunta.

D. M. Fernandez y Gonzalez.—Madrid.

—¡Cuánto me gusta el soneto! Mil gracias por él.

D. F. de los Rios y Acuña.—Algodonales.

—Recibida la libranza de 25 pesetas: queda Vd. suscrito al CÁDIZ por un año. Le agradezco infinito su deferencia á mi publicación, tanto más, cuanto me honra con la amistad de su ilustre tío, y me es grato merecer la de Vd.

Mr. H. Wichmann.—Stettin.—(Prusia.)

—Je suis charmé d'avoir envoyé mon journal CADIZ. Agréez d'avance mes remerciements, et l'assurance de l'amitié que je vous offre.

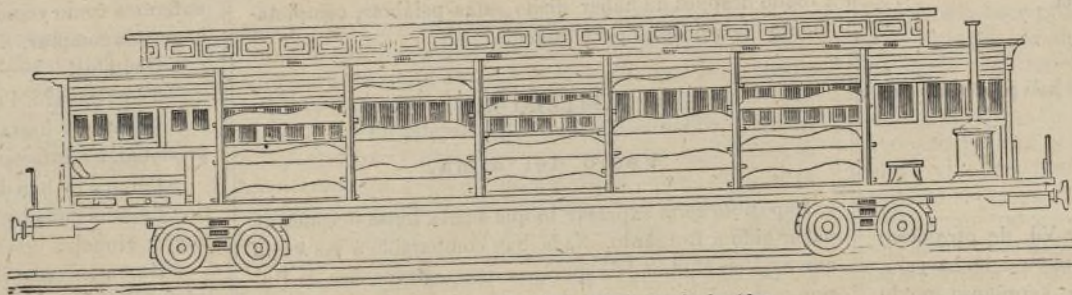
P. DE B.

NOTICIAS.

Ha terminado la velada de Nuestra Señora de los Angeles, sin que el más pequeño desorden ni disgusto pueda señalarse en ella: esto hace honor á la cultura del pueblo gaditano.

Damos las gracias al Excmo. Ayuntamiento por el pedido de ejemplares del número anterior del CÁDIZ que ha tenido la bondad de hacernos.

Como esperábamos, no ha sido admitida la dimisión que de su cargo tenía presentada nuestro primer Alcalde Excelentísimo Sr. D. José de la Viesca, Marqués de Santo Domingo. Nos felicitamos por ello, así como á la sociedad gaditana, pues hombres de su valía son difíciles de reemplazar.



Wagon de transporte: Hospital ambulante de heridos.

La eminente arpista Esmeralda Cervantes dará un concierto en la noche del Martes 21 del corriente, en los salones de la Sociedad de Santa Cecilia. Algunos de sus amigos que hemos tenido ocasión de admirarla en la *soirée* musical que tuvo la bondad de ofrecernos, deseamos ardientemente que el público la escuche, pues no dudamos logrará fascinarle con su admirable ejecución, delicadeza y buen gusto. Tenemos entendido que desde aquí la señorita Cervantes pasará á Barcelona, donde la detendrán algún tiempo asuntos de particular interés.

Cada día son más notables las fotografías del Sr. Rocafull, en cuyo establecimiento, situado en la calle Ancha, hemos visto admirablemente hechos, los retratos de Esmeralda Cervantes y María Friggerio.

Rogamos á nuestros apreciables colegas que han aceptado el convenio propuesto por el CÁDIZ, nos dispensen si en este número no han podido ir los anuncios, y les damos las gracias por su atención.

Hemos recibido *L'Univers Illustré*, una de las publicaciones más elegantes de París, y le agradecemos extraordinariamente la visita. También damos las gracias, devolviéndola igualmente, á los periódicos de la Habana, Guanabacoa, Puerto Rico y Canarias, que han llegado á esta redacción.

Los establecimientos de baños, comercio, cafés etc., que se suscriban al CÁDIZ, tendrán derecho á un anuncio, el cual no excederá de diez líneas, que se publicará gratis en los tres números correspondientes al mes que indique. La suscripción, para tener este derecho, será lo menos de un trimestre.

Con mucho gusto rectificamos una noticia dada en el CÁDIZ, que segun nuestro ilustrado colega *El Comercio*, era equivocada. Los helados ofrecidos á las señoras en la caseta del Ayuntamiento, durante las noches de la *Velada*, eran un obsequio particular del Alcalde Sr. la Viesca, y no del Municipio, como se nos dijo. Tenemos el mayor gusto en hacerlo constar y damos las gracias á *El Comercio* por las frases que dedica al CÁDIZ.

Rogamos á los Sres. Suscritores de fuera de la población que tengan á bien girar el importe del trimestre ó semestre, á la Sra. Directora ó al Administrador del CÁDIZ, evitándonos así el 10 por 100 que nos cuesta el giro por comisionado.

Las personas que no gusten admitir la suscripción, y hayan recibido algunos números por recomendación, tendrán la bondad de enviarlos á esta, al Administrador, expresando el nombre y pueblo, para suspender el envío.

ANUARIO DEL COMERCIO

Y DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA Y ULTRAMAR, Ó ALMANAQUE DE TODAS LAS SEÑAS DE LOS HABITANTES POR PROFESIONES, DE MADRID, DE LAS PROVINCIAS Y DE ULTRAMAR PARA 1878

Aviso importante.—La casa BAILLY BAILLIERE, plaza de Santa Ana, número 40, Madrid, está preparando un Anuario con todas las señas de todos los habitantes de España y Ultramar por profesiones.

Después de estudiado bien este asunto, erce haber tomado todas las precauciones convenientes para llevar á cabo este libro, y que sea digno de España y pueda compararse con las del extranjero.

Otro aviso á todos los habitantes de España y de Ultramar.—Todo el que quiera figurar en el Anuario puede mandar bajo sobre una nota que diga su nombre, apellido, profesión, señas de la habitación y punto de residencia, y quedará inscrito en el Anuario gratis. Si además de lo indicado quiere el interesado añadir algunos detalles acerca de su profesión, comercio ó industria, se insertará á razón de una peseta la línea.

Dirigir toda la correspondencia á la librería de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Sta. Ana, núm. 40, Madrid.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo tercero de la nueva serie, con la segunda edición de

LOS MÁRTIRES DEL AMOR

Novela original

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo.—*El Velloco de oro y Fea y pobre*, un tomo.—*La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*, un tomo.—*La nube negra*, un tomo.—*Madrid por dentro*, dos tomos.—*Anatomía del corazón*, dos tomos.—Tomando la colección, se dá en 32 rs.—En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs.—*Fábulas en acción*, 7 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 40 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 13, en Madrid, remitiendo el importe.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ
Sacramento 39 y Bules 8.

COLABORADORES.

Auber, D.ª Virginia Felicia, Madrid.
Asensi, D.ª Julia, Madrid.
Calé de Quintero, D.ª Emilia, Lugo.
Díaz de Lamarque, D.ª Antonia, Sevilla.
Esmeralda Cervantes.
Grassi, D.ª Angela, Madrid.
Gimeno, D.ª María de la Concepción, Madrid.
Graciella, M. drid.
Justiniano y Arribas, D.ª Amparo, Sevilla.
Lujan, D.ª Elisa, Madrid.
María de la Peña, Madrid.
Martínez de Lacosta, D.ª Rosa, Cádiz.
Ormaeche, D.ª Ermelinda, Bilbao.
Pujol de Collado, D.ª Josefa, Barcelona.
Rattazzi, Madame, París.
Sínues, D.ª María del Pilar, Madrid.
Troncoso, D.ª Matilde, Habana.
Ablanado, D. Epifanio, Bilbao.
Albareda, D. José Luis, Madrid.
Almenas, Conde de las, Madrid.
Alvarez Jimenez, D. Antonio, Cádiz.
Asensio, D. José María, Sevilla.
Asquerino, D. Eduardo, Madrid.
Aulran, D. Guillermo, Chiclana.
Alvarez, D. Miguel de los Santos, Madrid.
Alcalá Galiano, D. José, Madrid.
Alarcon, D. Pedro A., Madrid.
Arambille, D. San Iago, Madrid.
Araujo, D. Fernando, Salamanca.
Balaguer, D. Víctor, Madrid.
Borrego, D. Andrés, Madrid.
Búrgos, D. Javier, Cádiz.

Batanero, D. Mariano, Motril.
Blanco, D. Gerardo, Barcelona.
Cortés, Baron de, Madrid.
Castelar, D. Emilio, Madrid.
Cánovas, D. Antonio, Madrid.
Castro, D. Adolfo, Cádiz.
Campoamor, D. Ramon, Madrid.
Corradi, D. Blas de L., Alicante.
Cerdá, D. Manuel, Valencia.
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A., Madrid.
Cencillo, L. Jesus, Madrid.
Chica, D. Angel de la, Jaen.
Cano y Cueto, D. Manuel, Sevilla.
Castro, D. J. M. de, Sevilla.
Cerdá, D. Emilio de la, Málaga.
De Gabriel, D. Fernando, Sevilla.
Doctor Thebussem, Tanager.
Dieckrs, Gus avo, Dresden (Alemania).
Díaz de la Quintana, D. Alberto, Madrid.
Díaz de Benjumea, D. Nicolás, Londres.
Echegaray, D. José, Madrid.
Fors, D. Luis Ricardo, Sevilla.
Fernandez y Gonzalez, D. Manuel, Madrid.
Fabraquer, Conde de, Madrid.
Flores Arenas, D. Francisco, Cádiz.
Flores, D. Gerónimo, Cádiz.
Frontaura, D. Carlos, Salamanca.
Ginard de la Rosa, D. Rafael, Madrid.
Gómez Colon, D. José M., Cádiz.
Guerrero, D. Teodoro, Madrid.
García Caballero, D. Federico, Sevilla.
Gonzalez del Hoyo, D. Francisco, Almería.

Govantes de Lamadrid, D. Javier, Madrid.
Hartzenbusch, D. Juan Eugenio, Madrid.
Herran, D. Fermín, Vitoria.
Harmsen, D. Alejandro, Alicante.
Hidalgo, D. Santiago, Cádiz.
Leon y Castillo, D. Fernando, Madrid.
Jorrete y Paniagua, D. Manuel, Madrid.
Liombart, D. Constantino, Valencia.
Leon Mainez, D. Ramon, Cádiz.
Jimenez Placer, D. Carlos, Sevilla.
Lamarque y Novoa, D. José, Sevilla.
Miró, D. Juan, Jerez.
Lasso Hurtado, D. Manuel, Cádiz.
Múgica, D. Elias, Santa Cruz de Tenerife.
Martín Barbadillo, D. Manuel, Cádiz.
Milans del Bosch, el General, Madrid.
Moreno Espinosa, D. Alfonso, Cádiz.
Moya y Jimenez, D. Luis, Madrid.
Moreno Castelló, D. José, Jaen.
Monte, D. Evelio del, Barcelona.
Moresco, L. Enrique, Cádiz.
Mas y Prat, D. Benito, Sevilla.
Mendez, D. Mario, Sevilla.
Navarrete, D. José, Rota.
Osorio y Bernard, D. Manuel, Madrid.
Offerrall, D. Javier, Cádiz.
Pongilioni, D. Aristides, Cádiz.
Pacheco, D. Francisco de Asis, Madrid.
Parreño, D. Federico, Cádiz.
Portela, D. Juan, Cádiz.
Piñal, D. Federico, Sevilla.
Paz, D. Abdon de, Madrid.

Parra, D. José Jurado, Baeza.
Pando y Valle, D. Jesus, Oviedo.
Peñon Carrero, D. Julian L., Madrid.
Polo y Peyrolen, D. Manuel, Teruel.
Quinones, D. Ubaldo R., Madrid.
Rodruejo, D. Jorge, Cádiz.
Rodriguez Arroquia, D. Angel, Madrid.
Rodriguez Suarez, D. Manuel, Cádiz.
Ruiz Jimenez, D. Joaquín, Jaen.
Revilla, D. Manuel, Madrid.
Sañudo Autran, D. Pedro, Ciudad Real.
Romero Ortiz, D. Antonio, Madrid.
Sanchez de Galvez, D. Federico A., Granada.
Salyany, D. Juan T., Madrid.
San Martín y Aguirre, D. José, Valencia.
Steenackers, Mr. F. F., Lisboa.
San Miguel de la Vega, Marqués de, Barcelona.
Sepúlveda, D. Ricardo, Madrid.
Sagasta, D. Práxedes M., Madrid.
Sedano, D. Carlos, Madrid.
Sedano, D. Alberto, Madrid.
Sierra y Valazuela, D. Enrique, Madrid.
T. C., Cádiz.
Trueba, D. Antonio, Bilbao.
Vidart, D. Luis, Madrid.
Vieyra de Abreu, D. Carlos, Madrid.
Vila y Blanco, D. Juan, Alicante.
Vilar y Garcia, D. Casto, Sevilla.
Valls y Alvarez, D. Antonio, Cádiz.
Valero de Tornos, D. Juan, Madrid.
Zarandona, D. Florentino de, Alicante.
..—Cádiz.